

sabrà por toda la eternidad, cuan precioso era este tesoro, cuan estimable era este secreto. Dadme una alma ilustrada con las luces de la fe, dadme un corazon que ame à Dios, decia S. Agustín, y él entenderà lo que yo digo, conocerà esta verdad, y gustará maravillosamente esta doctrina.

¡Ah, Señor, y cuando seré yo de este número! ¿Me contentaré no mas que con confesar estas verdades, aplaudir estas reflexiones, no estimar las adversidades mas que en los otros? ¿Acaso no quiero yo ser del número de vuestros discípulos? ¿Y cómo ser discípulo vuestro si no se lleva la cruz, si no se ama la cruz, si no está uno unido toda su vida à la cruz? Concededme, Señor, este amor de la cruz, y hacedme fastidioso, insípido, cualquiera otro gusto que el de la cruz. Dadme vuestro amor, y yo amaré la cruz.

JACULATORIAS. — Si, Salvador mio Jesucristo; yo me complazco en mis enfermedades, en las adversidades, en las persecuciones, en los estrechos disgustos que sufro por vos. (2. Cor. 12.)

Esté yo de continuo cerca de vos, y en vuestra presencia, y despues de esto que cualquiera se arme contra mí. (Job 17.)

PROPOSITOS.

1 No hay nadie que no tenga su cruz. Las espinas nacen en todas partes, son de todas las estaciones, y crecen en todos los terrenos; nacen aun hasta sobre el trono mismo. No hay condicion, no hay estado que no tenga sus cruces; los grandes tienen las suyas, y no son siempre las menos pesadas aunque sean menos visibles. Es una locura el buscar un abrigo contra todos los vientos y las borrascas; ¿qué edad no tiene sus disgustos? ¿Qué fortuna no tiene sus reveses? ¿Qué condicion no tiene sus desazones? ¿Qué empleo no tiene sus cargas? Hay cruces domésticas, y las hay estrañas; y en defecto de las unas y de las otras, nuestro humor, nuestro natural, nuestro entendimiento, nuestro corazon, son fondos inagotables de muchas cruces. Considerad la que mas os inquieta en el día, y haceos de ella un motivo de mérito. ¿Queréis hacerla ligera? Amadla. Cuantos mas esfuerzos hiciereis para sacudirla, mas pesada se os hará. Aun cuando encontráseis el secreto de descargaros de ella, entrará en su lugar otra que os inquiete mas. ¿Queréis hacerla dulce? Observad los avisos siguientes: 1.º Aceptad de buena gana todas las cruces que Dios fuere servido daros, y jamás dejéis de decirle todos los días en la oracion de la mañana: Divino Salvador

mio, puesto que para ser discípulo vuestro es preciso llevar cada uno su cruz, yo acepto con todo mi corazon la que vos queréis que yo lleve; yo os pido la gracia necesaria, à fin de que yo haga un buen uso de ella para gloria vuestra y salvacion mia. 2.º Cuando nuestro amor propio se rebele, y la amargura se derrame en el corazon, decid con el Salvador: ¿Qué, no beberé yo el cáliz que mi Padre me ha dado? (Joan. 18.) 3.º Cuando tengais alguna afliccion, alguna pérdida, algun motivo de desazon, cuando supiereis alguna mala noticia, decid aquellas hermosas palabras de Job: ¿Si hemos recibido los bienes de mano del Señor, por qué no recibiremos tambien los males? (Job 2.)

2 Es una práctica de piedad muy útil y muy santa, no solo el aceptar todas nuestras aflicciones en satisfaccion de la pena debida por nuestros pecados, sino tambien el pedirle al confesor que nos dé nuestras propias cruces por penitencia; hechas entonces parte del sacramento, son de un precio mas elevado y reciben un nuevo mérito. Nada hay mas à propósito para desempeñarnos de nuestras deudas con Dios que este género de satisfaccion; ella es siempre de su gusto, puesto que es de su eleccion. Está uno seguro de que esta es la moneda, por decirlo así, con que quiere ser pagado en esta vida. Nos serviria estraordinariamente un poco de paciencia, de sumision, y aun de alegría, en las adversidades inevitables de esta vida; no se sufriria por eso mas, se sufriria aun menos, puesto que se sufriria con menos disgusto, y el provecho nos indemnizaria bien de la pena. Cosa estraña: se siente todo el peso de la cruz, se siente toda su amargura, y por falta de un poco de buena voluntad y de industria se pierde todo el fruto.

JUEVES SEGUNDO DE CUARESMA.

LA Iglesia ha escogido el principio del salmo 69 para el introito de la misa de este día. Es aquella oracion tan interesante que la Iglesia pone al principio de todos sus officios, y por la que pide à Dios su asistencia y su auxilio particular en todas las oraciones que hace, para que comprendamos la necesidad estrema que tenemos de la gracia, sin la que ninguna accion por laudable que fuese podria ser meritoria para el cielo. Aplicaos, Dios mio, à socorrerme; daos prisa, Señor, à asistirme. Cubrid de confusion y de vergüenza à los enemigos de mi salvacion que quieren quitarme la vida del alma. Tambien era durante la persecucion de su hijo Absalon, cuando David dirigia à Dios esta ora-

cion. Hemos dicho que la Iglesia, conducida en todo por el Espíritu Santo, ha cuidado de elegir para la misa de cuasi todos los días de Cuaresma, algunos versículos de los salmos que David había compuesto durante la insurrección de aquel hijo rebelde que causó á su tierno padre una aflicción de las más sensibles, y de las más amargas que tuvo jamás. Sin duda lo ha hecho así para inspirarnos nuevos sentimientos, y un arrepentimiento más grande, acordándonos que jamás hemos pecado que no nos hayamos rebelado contra Dios, nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro amable y buen Padre.

La Epístola asignada á la misa de este día está tomada de la profecía de Jeremías al cap. 17, en donde amenaza á los judíos con la pérdida de sus bienes y la ruina de su país, porque olvidaban y abandonaban á Dios por recurrir á los hombres. Pronuncia en ella una maldición contra el hombre que pone su confianza en el hombre. Aun cuando el Profeta hubiese podido hacer relación á la confianza que los judíos tenían en el auxilio de los egipcios, cuya protección habían implorado en vano, en las desgracias de que estaban amenazados de parte de los príncipes de Babilonia; el sentido espiritual y moral mira á la confianza que nosotros tenemos en los socorros humanos, en los diversos accidentes de esta vida, en perjuicio de la que debemos tener en Dios.

Jeremías acababa de reprender á los judíos su impiedad y su irreligión, que llegaba hasta hacer alarde de sus mayores crímenes. El pecado de Judá está escrito, les decía, con un buril de hierro y una punta de diamante; está grabado sobre la tabla de su corazón, y sobre los extremos de sus altares. Lo mismo que si dijera, que para hacer como un trofeo de sus desórdenes, lejos de avergonzarse de ellos, los grababan sobre los extremos de sus altares profanos, á ejemplo de los paganos, á fin de que nadie pudiese ignorarlos. Ni aun trataban de disimular su idolatría con el temor, ni encubrirla con la vergüenza: se gloriaban de ella; era pública y declarada; procuraban en algún modo que su maldad pasase á la posteridad por medio de inscripciones: sus hijos, dice el Profeta, han impreso en su memoria sus altares, sus grandes bosques consagrados á las divinidades paganas. Esto es lo que irritó tanto la ira de Dios contra ellos. He aquí lo que dice el Señor, esclama: Maldito es el hombre que pone su confianza en el hombre. Esas medidas tan bien tomadas, esos resortes tan bien montados, esos apoyos manejados con tanto artificio, son fundamentos sobre arena. En vano tomáis esas precauciones, dice el Profeta, que os sugiere la prudencia de la carne; á



Dios es á quien se ha de recurrir: en su auxilio es en el que habeis de poner vuestra confianza. Mudad de conducta, apaciguad su ira, y no temais, si lo haceis así, á vuestros enemigos. Todo hombre, añade, que se apoya en un brazo de carne, y cuyo corazón se retira del Señor, será semejante al tamariz que está en el desierto; y permanecerá en el desierto, en la sequedad, en un terreno lleno de sal, y donde no se puede habitar. El tamariz salvaje, de que habla aquí Jeremias, tiene siempre un verde pálido, y por mucha agua que le caiga está siempre seco. Leño inútil, fruto que no es bueno para nada: tal es la prudencia de la carne, tales son los frutos de la industria humana sola. Mucha sal en esas obras del talento, en esas medidas tomadas con tanto arte, en esas precauciones, en esas protecciones tan bien manejadas: tamariz salvaje, arbusto desnudo, leño inútil, tierra llena de nitro, de una esterilidad eterna; al paso que aquel que pone toda su confianza en Dios es dichoso. Este se parece á un árbol fructuoso, plantado en un terreno excelente, regado continuamente con aguas vivas; que no teme ni la sequedad ni la escarcha, cuyas hojas no pierden jamás el verde de primavera, y cuyos frutos son de una dulzura exquisita. Pocos corazones hay que no estén corrompidos, aun cuando el disimulo los encubra; pero yo, dice el Señor, soy el que profundiza los corazones, el que desenvuelve todos sus pliegues, el que corre el velo á todos sus misterios. Yo no me dejo deslumbrar por las esterioridades engañosas é imponentes; conozco todos los rodeos y todos los artificios de una política refinada: así que, no recompensaré mas que la verdadera virtud y el verdadero mérito; y en las obras mas plausibles no atenderé mas que al motivo que las produce.

Desde el octavo siglo ha sido el Evangelio de este jueves la historia del mal rico y del pobre Lázaro. Habia un hombre rico, decia el Salvador á sus discípulos, que vestia de escarlata y de finísimo lienzo; que nada negaba á sus sentidos; que tenia todos los dias una mesa espléndida, sin perdonar cosa alguna para sus placeres, y pasando su vida deliciosamente. Habia al mismo tiempo un pobre llamado Lázaro, cubierto por todas partes de úlceras, que estaba tendido á la puerta del rico pidiendo las migajas que caian de su mesa, creyéndose dichoso si hubiese podido obtener este socorro tan débil para apaciguar su hambre, y mas bien para retardar su muerte que para sostener su vida; pero no habia ninguno que quisiese hacerle este pequeño servicio, mientras que los perros estaban abundantemente mantenidos en una casa en donde reinaban la suntuosidad y la abundancia. El único consuelo que recibia este pobre en su estrema mi-

seria, era de aquellos viles animales que se acercaban alguna vez á él y le lamian sus llagas. Es chocante el contraste que hacen estas dos condiciones tan opuestas: ¡qué diferencia entre estas dos vidas! mas al fin, la muerte vino muy pronto á terminar las delicias de la una y las miserias de la otra; pero ¡qué diferencia de suerte! Lázaro muere en su pobreza; pero su muerte es preciosa á los ojos de Dios, y los ángeles llevan su alma á aquel lugar de paz y de alegría, adonde las almas santas, libres de las ataduras del cuerpo, y exentas de toda miseria, reposan con Abraham, como los hijos entre los brazos y en el seno de su padre. ¿Y no se creería Lázaro entre las manos de los ángeles, y seguro de su felicidad eterna, bien pagado de todo lo que habia sufrido? ¿Hubiese él entonces querido haber sido dichoso en la tierra, y ser condenado? El rico no le sobrevivió mucho tiempo. La muerte vino en medio de sus dias mas floridos á concluir aquella vida tan deliciosa. Muere el rico. Aquel cuerpo tan acostumbrado á los placeres, alimentado en el lujo y en la molicie, es dado como presa á la podredumbre y á los gusanos, al mismo tiempo que el alma, hasta entonces esclava de los sentidos y del cuerpo, es precipitada en el infierno para ser eternamente presa de las llamas. ¡Qué sorpresa! pero ¡qué rabia y qué desesperacion, pasar en un momento de la prosperidad mas brillante, del estado mas floreciente, de la region de las delicias á la region de las tinieblas y del llanto, al centro de la desolacion, á los fuegos eternos, á la estancia de todos los suplicios! Desde lo profundo de los infiernos, aquel desgraciado vió en espíritu al patriarca Abraham, y á Lázaro que brillaba como el sol, al lado de este patriarca. Este espectáculo redobló sus penas y su desesperacion. En medio de la fuerza de sus tormentos se dirigió á Abraham, y con gritos lamentables, hijos del dolor mas vivo y de la desolacion mas cruel, le hizo esta súplica: Padre Abraham, que me veis en este lastimoso estado, tened compasion de mí, y enviadme á Lázaro, á fin de que mojado la punta de su dedo en agua, me deje caer una gota en la lengua que tengo penetrada toda de fuego. No negueis este pequeño consuelo á un desgraciado que en medio de estas llamas crueles sufre dolores inconcebibles. Se desprecian los pobres en este mundo; apenas hay quien se digne fijar en ellos la vista; un rico creería deshonorarse si se detuviese á conversacion con un pobre; en la otra vida los que fueron mas dichosos en el siglo mendigan sus sufragios, piden sus ruegos, envidian su fortuna, y querrian estar en lugar de aquellos á quienes han despreciado tanto. Hijo mio, le respondió Abraham, acuérdate que mientras

has vivido has disfrutado del placer, y que por el contrario Lázaro ha estado siempre sufriendo. Ahora se ha cambiado esta escena: una alegría que nada puede alterar, una felicidad llena, pura y satisfactoria, es el patrimonio de este pobre que has despreciado con tanta dureza; y el tuyo es la reunion de todos los tormentos imaginables, sin que tengas que esperar jamás de él el menor consuelo. No hay comercio alguno de caridad entre los elegidos y los réprobos; toda comunicacion les está entredicha. Vosotros ardeis y ardereis para siempre, sin que nunca recibais el menor refrigerio. A lo menos, replicó el rico desgraciado, os suplico que le enviéis á la casa de mi padre para que avise á mis cinco hermanos del deplorable estado en que me hallo, á fin de impedir que vengan á arder conmigo en este lugar de tormentos, donde sus suplicios aumentarían los míos, pues que su triste suerte seria el fruto de mis malos ejemplos. Tienen, dijo Abraham, los libros de Moisés y de los Profetas, y esto les basta; no tienen que hacer mas que lo que estos maestros les enseñan; que los escuchen y se salvarán. No, repuso aquel desgraciado, con ese solo socorro no se harán mas sabios; mas si va á visitarlos algun muerto y les representa lo que se sufre en este lugar de suplicios, se espantarán y se convertirán. Te engañas, respondió Abraham. ¿Si no quieren oír la voz de Dios, creerán mas á la voz de un fantasma? Y si los hombres han llegado hasta despreciar las divinas Escrituras ¿deferirán mejor al testimonio de los muertos?

Si esta relacion no contiene una historia verdadera, como lo cree S. Ireneo, S. Ambrosio, Tertuliano y S. Gregorio el Grande, no se puede negar al menos que el discurso del mal rico con Abraham, no sea una parábola por la cual el Salvador ha querido hacernos una pintura sensible de los crueles pero inútiles sentimientos, que tienen los condenados en la otra vida, y al mismo tiempo enseñarnos que no debemos esperar instrucciones de nuestros deberes por caminos estraordinarios, sino por la revelacion de las verdades que él nos ha hecho conocer en sus Escrituras. En efecto, ¿qué podrían decirnos los muertos vueltos del otro mundo, que no hallemos en el Evangelio? No busquemos fuera de nosotros mismos el origen de nuestra impenitencia. Sabemos bien lo que debemos hacer y lo que debemos temer; no hay, pues, que instruir al entendimiento; lo que se necesita es domar un corazon rebelde.

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Præsta nobis, quæsumus, Domine, auxilium gratiæ tuæ: ut jejuniis et orationibus convenienter intenti, liberemur ab hostibus mentis et corporis. Per Dominum...

Concedednos, Señor, los auxilios de vuestra gracia para que aplicándonos, como debemos, á los ayunos y á la oracion, seamos libres de los enemigos de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del cap. 17 de la profecia de Jeremias.

Hæc dicit Dominus Deus: Maledictus homo, qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum, et à Domino recedit cor ejus. Erit enim quasi myrica in deserto, et non videbit cum venerit bonum; set habitabit in siccitate in deserto, in terra salsuginis et inhabitabili. Benedictus vir, qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Et erit quasi lignum quod transplantatur super aquas, quod ad humorem mittit radices suas, et non timebit cum venerit æstus. Erit folium ejus viride, et in tempore siccitatis non erit sollicitum, nec aliquando desinet facere fructum. Pravum est cor omnium, et inscrutabile: quis cognoscet illud? Ego Dominus scrutans cor, et probans renes: qui do unicuique juxta viam suam, et juxta fructum adinventionum suarum: dicit Dominus omnipotens.

Esto es lo que ha dicho el Señor: Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre, que se apoya en un brazo de carne, y cuyo corazon se retira del Señor. Será semejante al tamariz que está en el desierto; no experimentará nunca el bien, sino que habitará en el desierto, en la sequedad, en un terreno lleno de sal é inhabitable. Dichoso el hombre que pone su confianza en el Señor, y de quien el Señor hace la esperanza. Será semejante á un árbol trasplantado á la orilla de las aguas, que estiende sus raíces á favor de su humedad, y que no teme cuando llegáre el calor del estío. Su hoja estará siempre verde, y ningun incomodo sentirá en el tiempo de la sequedad, ni dejará nunca de dar fruto. El corazon de todos los hombres está corrompido; es impenetrable; ¿y quién es capaz de conocerle? Yo, que soy el Señor, que sondeo los corazones y que distingo los afec-

tos; que doy á cada uno segun su conducta, y conforme al fruto de sus pensamientos y de sus obras, dice el Señor omnipotente.

«El profeta Jeremias era hijo del sacerdote Helcias, de la aldea de Anathoth, en la tribu de Benjamin. Comenzó á profetizar el año décimotercio del reinado de Josías, esto es, el año 3375 del mundo, y el 629 antes de Jesucristo.»

REFLEXIONES.

Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre. No es extraño que haya tantos desgraciados en el mundo; no lo es tampoco el ver aun todos los dias esas revoluciones tan súbitas de familias que veia ya el profeta en su tiempo. Yo he visto, decia, un hombre muy desreglado en sus costumbres, muy irregular en su conducta, un hombre que teniendo poca religion, apoyándose en un brazo de carne y retirando su corazon del Señor, que no se apoyaba mas que en la proteccion de los grandes, en el número de sus amigos, en su habilidad, en sus talentos, en su industria, é importándole poco el auxilio del cielo, ponía toda su confianza en el hombre; yo he visto á este hombre brillando en la prosperidad, elevado como los cedros del Líbano, colocado en el mas alto grado de fortuna. Todo se le reia, todo le prosperaba, todo le prometia una continuacion de dichas sin medida: pero ¡ah! no hice mas que pasar, y ya no existia. Aquel grande y soberbio coloso habia caido en un instante, y aquella preciosa masa, aquel ídolo de la felicidad humana trabajado con tanto arte, elevado con tantos resortes y tanto trabajo, sostenido por tantos apoyos, afirmado, al parecer, contra la violencia de todas las tempestades, se ha desmoronado, se ha hecho pedazos, ha sido reducido á polvo en un abrir y cerrar de ojos, y aquel dichoso del siglo ha desaparecido con tanta precipitacion, que no he podido ni aun encontrar el lugar que ocupaba. Tal es la suerte de esos dichosos mundanos, de esos artífices de su fortuna. He aquí el hombre que no ha tenido necesidad del auxilio del cielo: él ha confiado en el favor de los grandes, en la multiplicidad de sus recursos, en la grandeza de sus riquezas, débiles apoyos, brazos de carne, fundamentos caducos. ¿Quién no hubiese creído que aquella familia estaba al abrigo de todas las borrascas, que era superior á to-

das las revoluciones de los tiempos? Las herencias se apoyaban sobre la vida de un tan gran número de herederos; las sustituciones iban, por decirlo así, mas allá de los siglos; los tesoros se acumulaban diariamente; las nuevas posesiones que se adquirían todos los días, aseguraban una fortuna que no debía jamás envejecer, y aumentaban los títulos. Los pies de barro de una estatua compuesta de tantos metales (bella figura de la confianza que se pone en el hombre) han faltado; no ha sido necesario mas que una pequeña piedra para trastornarle, para reducir á polvo aquel coloso. Aquella fortuna extraordinaria, tan prontamente hecha, no ha pasado á la segunda generacion; se han visto caer aquellos cedros al primer golpe de viento; se han visto pobres los hijos de un padre tan rico. Todo brazo de carne se enflaquece; todo edificio sobre arena tarde ó temprano se conmueve, se desmorona. En vano se toman las medidas mas justas; se cimenta el edificio por todo género de medios; se multiplican los lazos que estrechan y que unen; solo Dios es superior á todas las revoluciones; solo Dios es el que eterniza y asegura la prosperidad. Dichoso el que ha puesto en Dios toda su confianza. (*Psalm. 39.*) Los que ponen su confianza en el Señor, son incontrastables como la montaña de Sion. (*Psalm. 124.*) Sabed, dice el Sabio, que ninguno de los que han esperado en el Señor, ha sido confundido en su esperanza. (*Eccl. 2.*) Cualquiera que pone su confianza en el hombre, dice Isaias, la pone en la nada. Por mas que se lisonjee, y se prometa una continuacion de prosperidades; error, vanidad, mentira. Desgraciado del que se apoya en un brazo de carne.

El Evangelio de la misa es tomado de S. Lucas, del cap. 16.

In illo tempore : Dixit Jesus Pharisæis : Homo quidam erat dives, qui induebatur purpura et bysso : et epulabatur quotidie splendide. Et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis, quæ cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat; sed et canes veniebant, et lingeabant ulcera ejus. Factum est autem ut moreretur

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos : Habia un hombre rico que se vestia de escarlata y de finísimo lienzo, y diariamente tenia magnífica mesa. Habia tambien un pobre llamado Lázaro, que estaba tendido á su puerta cubierto de llagas, el cual se hubiera contentado para saciar su hambre con las migajas que caian de la mesa del rico, y ninguno se las daba; y solo los perros se le

mendicus, et portaretur ab Angelis in sinum Abraham. Mortuus est autem et dives, et sepultus est in inferno. Elevans autem oculos suos, cum esset in tormentis, vidit Abraham à longè, et Lazarum in sinu ejus : et ipse clamans, dixit : Pater Abraham, miserere mei, et mitte Lazarum, ut intingat extremum digiti sui in aquam, ut refrigeret linguam meam, quia crucior in hac flamma. Et dixit illi Abraham : Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua, et Lazarus similiter mala : nunc autem hic consolatur, tu verò cruciaris. Et in his omnibus, inter nos et vos chaos magnum firmatum est : ut hi, qui volunt hinc transire ad vos, non possint, neque inde huc transmere. Et ait : Rogo ergo te, Pater, ut mittas eum in domum patris mei. Habeo enim quinque fratres, ut testetur illis, ne et ipsi veniant in hunc locum tormentorum. Et ait illi Abraham : Habent Moysen, et Prophetas : audiant illos. At ille dixit : Non, Pater Abraham; sed si quis ex mortuis ierit ad eos, pœnitentiam agent. Ait autem illi : Si Moysen et Prophetas non audiunt; neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.

acercaban y lamian sus úlceras. Sucedió, pues, que murió el mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué sepultado en el infierno. Levantando pues sus ojos cuando estaba en los tormentos vió de léjos á Abraham y á Lázaro en su seno, y exclamó : Padre Abraham, compadeceos de mí, y envid á Lázaro, para que metiendo la punta de su dedo en agua refrigerare mi lengua, porque estoy cruelmente atormentado en este fuego. Hijo mio, le dijo Abraham, acuérdate que has sido colmado de bienes en tu vida, y del mismo modo Lázaro ha sufrido muchos males; ahora, pues, él está lleno de regocijo, y tú sufres. Además de todo esto, hay entre vosotros y nosotros un espacio muy vasto, de suerte que no es posible ni el ir ninguno desde aquí á vosotros, ni de vosotros aquí. Padre, dijo entonces el rico, yo te ruego que le envíes á casa de mi padre; porque tengo cinco hermanos y quiero les avise á fin de que no vengan á este lugar de tormentos. Tienen á Moisés y los profetas, le dijo Abraham; oíganlos. No, padre mio Abraham, repuso el rico; porque si volviere á ellos alguno de los muertos harán penitencia. Contestóle por último Abraham : Si no oyen á Moisés y los profetas, tampoco creerán aun cuando cualquiera de los muertos resucitare.

MEDITACION.

Del infierno.

PUNTO PRIMERO.— Considera que á fuerza de oír hablar del infierno, nos acostumbramos insensiblemente á esta palabra y á lo que significa, y de aquí es, que no nos conmueve ni aun nos espanta. Hay un infierno; y algunos de mis parientes, algunos de mis amigos, muchos conocidos míos, están ahora sumidos en aquellos estanques de fuego, en aquel centro de todos los suplicios, donde están condenados y saben que lo están por toda la eternidad. Seria necesario poder comprender lo que es Dios, poder concebir qué tormento es el perderle sin esperanza de volverle á poseer. Esta pérdida nos interesa poco al presente, pero se juzga de ella muy de otra manera cuando efectivamente se ha verificado. Pensar eternamente que ha habido un Redentor, y que yo no he querido aprovecharme del precio de la redención; pensar hasta qué punto me ha amado Jesucristo, y pensar que no puedo amar ya á Jesucristo, ni ser ya jamás amado de él. ¡O cruel memoria! ¡O suerte, ó desgracia incomprensible!

Yo estoy condenado, dice un réprobo; yo que tenia tantas razones y tantos medios para ser del número de los elegidos. ¡Yo estoy condenado, yo que he sido tan distinguido sobre la tierra por mi nacimiento, por mis empleos, por mis riquezas, por mis talentos, y me veo confundido con todos los malvados, y la mas vil y mas infame canalla del universo! Yo que he sido alimentado en las delicias, y que no amaba mas que el placer, me veo condenado á un fuego eterno; todos los tormentos son mi herencia, y el infierno mi habitacion por toda la eternidad. ¡O Dios! ¡y no nos sobrecogemos sobre el porvenir! ¡y nos dejamos fascinar por lo presente! ¡y no pensamos cual será nuestra suerte en la otra vida!

Pensar eternamente en el bien infinito que se ha perdido, en los males innumerables en que uno se ha precipitado, en los medios fáciles y frecuentes que uno tenia para evitarlos. Tener sin cesar delante de los ojos la vanidad y la poca duracion de todo lo que nos ha separado de Dios; las dulzuras inefables que hubiéramos hallado en su servicio; las penas reales que se han sufrido, aun para condenarse; la diferencia infinita de las que nos habrán retraido de la virtud, y las penas que se sufren en medio de aquellas llamas; la diferencia entre la duracion imperceptible de algunos insípidos placeres criminales, y la duracion

eterna de las penas que les siguen; tener eternamente en el entendimiento el pensamiento de la espantosa eternidad, sin poder jamás apartarle ni un solo momento: ¡qué suplicio, buen Dios! ¡qué rabia! ¡qué desesperacion! ¿Comprendo yo bien todo esto? y si lo comprendo, ¿cómo puedo yo hallar gusto en los placeres? ¿cómo puedo vivir en el pecado y dilatar el hacer penitencia?

PUNTO SEGUNDO.— Considera que despues de haber sufrido un condenado en aquellas prisiones de fuego un trascurso incomprensible de tiempo, todo ello no será, por decirlo así, ni un instante de la eternidad. El tiempo habrá arruinado las casas que hubiereis edificado, habrá destruido las ciudades que os habrán visto nacer, trastornado los estados en que hubiereis vivido, el fin de los siglos habrá sepultado el universo en sus propias cenizas; habrán aun pasado despues del fin del mundo tantos millones de siglos como momentos habrá durado el mundo, y todavia no habrá pasado nada de esta eternidad espantosa. Despues de todas las revoluciones de los siglos y de millones de siglos; despues de esta duracion inmensa, inimaginable de tiempo en la cual se pierde el entendimiento, si habeis sido condenados, tendreis tanto que sufrir como teniais en el primer momento que habeis sido hundidos en aquellas llamas. ¡Eternidad, eternidad! ¡Incomprensible eternidad! ¿Quién puede creerte y vivir un solo momento en el pecado? ¿y diferir un medio día, un solo instante su penitencia? ¿Y se mira despues de esto como un acto muy heroico cuando un principe desciende de su trono para irse á sepultar en un desierto, ó deja su palacio para pasar sus dias en el claustro? Es sin duda un acto muy generoso, es una accion grande, es un acto de virtud de un gran mérito; pero si concebimos lo que es la eternidad desgraciada, lo que es un infierno, no hallaremos de admirable en este hecho sino lo raras que son estas virtudes en el cristianismo. Desgraciadas víctimas de la cólera del Omnipotente, vosotras no solo hareis estas tristes y aterradoras reflexiones, sino que las experimentaréis todos los momentos, y en cada momento durante esta eternidad inconmensurable. Abismos de fuego inextinguible, encendidos por la omnipotencia de Dios para castigar al pecador; infierno, caos infinito de tormentos eternos, ¿puede concebirse que seas tú objeto de nuestra fe y que vivamos en la impenitencia? He aquí lo que no creen esas personas que viven tranquilamente en la molice y en el pecado. ¿Esa mujer mundana para quien el mundo es un ídolo, cree los espantosos su-

plicios del infierno? ¿Esos libertinos, cuya vida es un encadenamiento de pecados, que se mofan de las prácticas mas santas de la piedad, que se burlan del infierno mismo y de los que le temen, esos libertinos creen el infierno? ¿Esas gentes de placeres, que pasan su vida en un continuo olvido de Dios, que no tienen mas que una ligera superficie de religion, todas esas gentes creen el infierno y la eternidad de sus penas?

¡Ah, Señor! imprimidme una idea tan viva de esta tan terrible verdad, que jamás mientras me dure la vida pierda de vista el infierno para no conocerle despues de mi muerte, mediante vuestra santa gracia.

JACULATORIAS. — Penetrad mi carne de vuestro temor, ó Dios mio, á fin de que esté mas en estado de evitar vuestros terribles juicios. (*Psalm. 118.*)

¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorante?
¿Quién podrá subsistir entre las llamas eternas? (*Isai. 33.*)

PROPOSITOS.

1 Hay un infierno, esto es, un lugar destinado por la omnipotencia de Dios para atormentar eternamente con el fuego y con todos los suplicios posibles á los ángeles rebeldes, y á todos los que mueren en desgracia de Dios, es decir, en pecado mortal. Estos suplicios no deben nunca tener fin, ni los condenados tener jamás ningun alivio. Muchos conocidos míos con quienes he vivido están al presente en el infierno. Muchos de los que ahora viven conmigo tendrán la desgracia de ser condenados, y yo seré de este número si muero en pecado. He aquí lo que muchos grandes Santos se decían á sí mismos cuasi todas las horas del día. Tened tambien vosotros la misma práctica.

2 Hay un infierno: no hagais nada, no digais nada, no emprendais nada, que no lo ajusteis, por decirlo así, á este pensamiento. Decíos á vosotros mismos en estas ocasiones: ¿No hay nada en este proyecto, en este designio, en este negocio, en esta diversion, en este comercio, que deba costarme el infierno? ¿y qué me serviría el haber salido bien en todas mis empresas, si soy condenado? Luego que sepais la muerte de alguno, pensad inmediatamente que el mundo ha concluido para él: que ha entrado en la eternidad: yo quiero creer que Dios le haya tratado con misericordia y que se ha salvado; pero ¿y si se ha condenado? Haced muchas veces estas reflexiones, porque son muy utiles.

VIERNES SEGUNDO DE CUARESMA.

EL introito de la misa de este día está tomado del último versículo del salmo 16: Por lo que á mí toca, me presentaré siempre puro delante de vos, y no estaré plenamente contento, hasta que os viere perfectamente glorificado: ó segun otra version, hasta que me colocáreis en vuestra gloria. De este modo concluye David este salmo, que compuso durante la cruel persecucion de Saul; y al cual se ha dado por título, *Oracion de David*, porque este profeta pide en él á Dios con una confianza y con un fervor particular, y es un modelo de una perfecta oracion. David se queja en él vivamente de la injusticia de sus perseguidores y de las calumnias de que se le carga. Seguro de su inocencia apela al soberano Juez, y le toma por testigo de la rectitud de su corazon y de sus intenciones. Esta oracion conviene perfectamente á Jesucristo, calumniado y perseguido cruelmente por los judíos, á pesar de la multitud de sus beneficios y de la evidencia de su inocencia. Sobre todo conviene al oficio de este día, que nos representa, si bien bajo de dos figuras distintas, al Hijo de Dios maltratado y rechazado por los hombres á quienes habia sido enviado por el Eterno Padre. La una de estas figuras está tomada en el Génesis de la persona de José, hijo muy querido del patriarca Jacob, enviado á sus hermanos, y vendido por ellos á los egipcios: la otra en el Evangelio, en donde se refiere la parábola del hijo de un padre de familias, que habiendo enviado á su propio hijo, el heredero del reino, á unos vasallos rebeldes, le vió todavia mas maltratado, que todos sus favoritos á quienes les habia enviado antes para traerlos á su deber. La historia de José, figura de Jesucristo, es el asunto de la Epístola.

José, el mas jóven de los hijos de Jacob y de Raquel, fué entre todos sus hermanos el que su padre amó mas, no solo porque le habia tenido en su vejez, y era el mas bien formado de todos sus hijos, sino principalmente á causa de su modestia, de su dulzura y de su sabiduría, que era muy superior á su edad. Esta predileccion escitó contra él la envidia y el odio de sus hermanos, que se aumentó por algunos sueños que José les contó en presencia de su padre, y con motivo de una vestidura que el santo viejo le habia hecho de lino fino y de varios colores, lo cual no habia hecho jamás con ninguno de sus hermanos. José habia soñado que atando con ellos las gavillas en tiempo de